



HAL
open science

Movilizaciones y contra-movilizaciones en torno a la prostitución en Francia

Lilian Mathieu

► **To cite this version:**

Lilian Mathieu. Movilizaciones y contra-movilizaciones en torno a la prostitución en Francia. ciclo de conferencias organizadas por el CFA-UBA, Dec 2021, Buenos Aires, Argentina. hal-03498398

HAL Id: hal-03498398

<https://hal.science/hal-03498398>

Submitted on 21 Dec 2021

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Lilian Mathieu
Centre Max Weber
CNRS-ENS de Lyon

Movilizaciones y contra-movilizaciones en torno a la prostitución en Francia

Conferencia CFA, 20 de octubre 2021, via zoom

Quisiera agradecer el Institut français en Buenos Aires y el Centro franco-argentino, y especialmente Christophe Giudicelli, por la invitación a dar esta conferencia. Yo hubiera debido darla en Buenos Aires el año pasado como introducción a un ciclo de seminarios en el CFA en Buenos Aires y en Mar del Plata, pero desgraciadamente la epidemia ha cambiado todos los planes. Esta conferencia es un modo de consuelo, pero que no puede compensar la falta de contacto directo. Espero que la situación sanitaria se mejorará muy pronto y que podremos continuar la discusión en presencia física. Sin embargo, gracias al CFA por su confianza y su tenacidad. Muchísimas gracias también a Ana Natalucci por su constante apoyo desde unos años y para aceptar de iniciar y organizar el debate.

El seminario que habíamos planificado hubiera tratado de movilizaciones en torno a temas sexuales, como la prostitución, el aborto y la homosexualidad, comparando los casos de la Argentina y de la Francia. En esta conferencia solo trataré de la prostitución en Francia, pero me interesará recibir informaciones sobre la situación argentina, porque la comparación siempre es propicia a la comprensión de su propio contexto.

He elegido este tema de las movilizaciones en torno a la prostitución porque fue durante mucho tiempo, de hecho desde mi tesis de doctorado, uno de mis principales temas de investigación, pero también porque el debate público sobre el estatus de la venta de servicios sexuales ha alcanzado un nivel muy alto de intensidad, y también de violencia, durante los últimos años en mi país. Creo que esta intensidad y esta violencia no tienen que ver con la prostitución en si mismo, que en realidad importa a poca gente en Francia, sino que están vinculadas a temas más críticos como las migraciones, la inseguridad (o el sentimiento de inseguridad), la sexualidad, o el orden público y la moralidad del espacio urbano.

En primer lugar, presentaré la situación del mundo de la prostitución en Francia desde el punto de vista sociológico y legal, y las mayores transformaciones que este mundo ha conocido desde un poco más de veinte años. En segundo lugar, presentaré el debate público y sobre todo los dos campos que se enfrentan a propósito del estatus que se debería atribuir a las personas que viven de la venta de servicios sexuales y de las políticas públicas

que, según estas organizaciones, estas personas necesitarían. Estos dos campos pueden definirse como, de un lado, el campo abolicionista, que considera que la prostitución es una forma de esclavitud que necesitaría su abolición, y del otro lado el campo del reconocimiento del trabajo sexual. En tercer lugar, hablaré de los cambios en la ley que han resultado del cabildeo del campo abolicionista, de sus intenciones explícitas y implícitas, y de sus resultados cinco años después del último cambio en la ley. En conclusión, hablaré del interés de estudiar los enfrentamientos entre movimientos sociales antagonistas o, por decirlo de otra manera, de la interdependencia entre movilizaciones y contra-movilizaciones.

Durante mucho tiempo, la prostitución ha sido considerada como un tema sucio, del cual no se debería hablar en el espacio público. La mayor invención política en esta materia fue, al fin del siglo 18, la invención de una regulación de la prostitución al nivel municipal. Las prostitutas debían inscribirse en un registro municipal y someterse a frecuentes controles ginecológicos, con penas de prisión si no lo hacían. Esta regulación tenía como objetivo luchar contra las enfermedades venéreas, pero también controlar una población de mujeres supuestas peligrosas del punto de vista moral. Durante todo el siglo 19, el burdel fue la institución clave de esta política regulacionista, porque las prostitutas estaban sometidas a la autoridad de una maestra y estaban bloqueadas en un establecimiento cerrado, listas a todo momento para una inspección policial.

Esta meta de control y de sumisión de mujeres fue lo que indignó a militantes cristianos que se organizaron a partir de la segunda mitad del siglo 19 para obtener la abolición de la regulación —de ahí su nombre de *abolicionistas*. El movimiento abolicionista nació en Inglaterra dentro de los círculos protestantes, pero en Francia se desarrolló principalmente dentro de los círculos católicos progresistas en la primera mitad del siglo 20. Inmediatamente después del fin de la Segunda Guerra mundial, en 1946, obtuvieron del nuevo gobierno la prohibición de los burdeles en el territorio metropolitano —pero no en las colonias. No obtuvieron también la abolición de la inscripción obligatoria y de los controles sanitarios, que fueron eliminados catorce años después, en 1960, esta vez como en 1946 sin debate parlamentario.

De una cierta manera, el marco legal francés no ha cambiado desde 1960. Desde esta fecha, se considera la prostitución como una inadaptación social que no debe ser castigada sino abolida. Los mayores actores de esta definición son los trabajadores sociales que deben rescatar las prostitutas y ofrecerles oportunidades de abandonar la venta de servicios sexuales para un “verdadero” trabajo. Los policías tienen también un papel importante: deben rescatar las prostitutas sometidas a un proxeneta, y castigar toda forma de explotación, de organización o de facilitación de la prostitución. Los policías deben también luchar contra los desordenes producidos por la prostitución en el espacio público, es decir dar multas a las prostitutas en caso de abordamiento o de exhibicionismo.

Como lo he dicho antes, este marco legal no ha cambiado entre 1960 y el fin del siglo 20, y no hubo muchos debates sobre el tema durante estos cuarenta años. Unos hombres políticos intentaron a veces de provocar un debate proponiendo una nueva legalización de los burdeles o, a principio de la epidemia de sida, reclamando un nuevo control sanitario, pero fueron descalificados como provocadores.

Lo que se puede notar es que las prostitutas ellas mismas poco participaron al debate sobre su situación, sus necesidades o sus reclamaciones. De hecho, iniciaron un debate en 1975, cuando ocuparon varias iglesias para protestar contra la represión de la policía, pero, aunque beneficiaron del apoyo de los movimientos abolicionista y feminista, no pudieron organizar una lucha persistente ni obtener nuevas ventajas. Solo en 1994 obtuvieron una abolición del delito de abordamiento pasivo, cuya indefinición permitía su represión arbitraria por la policía.

La epidemia de sida fue lo que empezó a cambiar el estatus político de la prostitución a partir del principio de los años 1990. Después unos años de ignorancia del peligro sanitario, el gobierno empezó a preocuparse de la situación sanitaria de personas cuya actividad consiste en contactos sexuales repetidos con varias parejas sexuales, que representa un alto riesgo de contaminación. Algunas indagaciones en sociología y en epidemiología demostraron que la mayoría de las prostitutas utilizaban ya el condón pero que muchas de ellas vivían en situaciones sanitarias muy precarias. Demostraron también el crecimiento reciente de la prostitución de varones y de travestis, y el frecuente uso de drogas que de hecho representaba la mayoría de las contaminaciones por el virus. Por fin, demostraron que los trabajadores sociales no eran dispuestos a movilizarse en una acción de prevención del sida.

En Francia, el trabajo social destinado a las prostitutas es el heredero del movimiento abolicionista, y muchas de sus organizaciones pensaban, como los militantes abolicionistas, que la mejor manera de evitar la contaminación por el sida era no prostituirse. Trabajadores sociales y militantes abolicionistas rechazaron también el tema del sida por miedo que provocara una vuelta a la regulación sanitaria previa.

En esta situación, las autoridades de salud favorecieron nuevas organizaciones especialmente dedicadas a la prevención del sida y inspiradas por los principios de la salud comunitaria. Estos principios consideran que los principales recursos para toda acción sanitaria deben encontrarse dentro de cada grupo en si mismo. En este caso, los recursos de una acción de prevención para las prostitutas deberían ser buscados dentro del grupo de los y las prostitutas, y esta acción debería adaptarse a sus formas sociales y culturales propias. Para eso, las organizaciones reclutaron prostitutas como agentes de prevención, considerando que su experiencia en la venta de servicios sexuales era lo que les legitimaría a difundir el mejor mensaje de prevención a sus colegas. La ruptura con los principios abolicionistas del trabajo social es clara: la prostitución no es considerada como una inadaptación social

que se debería abandonar, sino como un trabajo que supone competencias específicas que deberían ser valoradas.

Esta ruptura provocó un violento conflicto entre las organizaciones, respectivamente, de trabajo social y de salud comunitaria. Al fin de los años 1990, la salud comunitaria aparecía más adecuada a la situación de urgencia en la cual vivían muchas prostitutas, por quien el objetivo de reintegración no tiene mucho sentido. También su visión positiva de prostitutas especialistas en una actividad sexual casi profesional les daba una imagen de modernidad sexual, que compartían con otros movimientos sociales movilizados en torno a la lucha contra el sida. Era especialmente el caso del movimiento homosexual, que empezó a movilizarse contra la homofobia y para el reconocimiento de las pajas de mismo sexo —en primer lugar con el Pacs al fin de los años 1990 y después para los derechos al matrimonio, a la adopción y a la procreación medicamente asistida. Del lado opuesto, el abolicionismo parecía un movimiento puritano, caseoso, destacado de una nueva modernidad sexual que ofrezca más posibilidades de elegir su modo de vida, incluso con la posibilidad de vender servicios sexuales. Del lado de la salud comunitaria empezaron a expresarse reclamaciones de reconocimiento de la prostitución como verdadero trabajo, igual en dignidad a todos los otros.

La situación cambió al principio del nuevo siglo, por parte a causa del agotamiento del apoyo del gobierno a la lucha contra el sida, que parecía un problema arreglado con los nuevos tratamientos. Cambió sobre todo a causa de la llegada de nuevos grupos de prostitutas extranjeras, en primer lugar de Europa del este (por ejemplo Moldavia, Rumania, Kosovo, Albania...) y, poco después, de África (sobre todo de Nigeria) y de Asia (especialmente China). El vínculo entre prostitución y migración no era una cosa nueva, por supuesto; los años previos, mujeres habían llegado de otros países africanos, y la presencia de travestis y transexuales originarios de América del Sur es un hecho antiguo en Francia.

Esta llegada impresionó mucho porque estas mujeres eran numerosas, parecían también muy jóvenes y vulnerables, favoreciendo rumores de sumisión a redes de proxenetas violentos. Impresionó también el hecho que se instalaron en zonas centrales de las ciudades, donde nunca se había visto a prostitutas antes, a veces en plena luz del día. En diferentes barrios de varias ciudades —por ejemplo en Lyon donde he estudiado el fenómeno— los ciudadanos empezaron a protestar contra la presencia de mujeres supuestas vinculadas a un mundo criminal y ejerciendo una actividad inmoral. Es verdadero que la actividad de prostitutas puede molestar a los vecinos, pero se trataba mucho, por ejemplo, del malestar de madres que debían responder a sus chicos que las preguntaban sobre lo que hacía la señora casi desnuda a la esquina: el tema era el de la moralidad de la calle, sobre todo en barrios donde se desarrollaba un proceso de gentrificación.

La llegada de prostitutas extranjeras, jóvenes, y supuestas víctimas de redes criminales ofreció al movimiento abolicionista la oportunidad de una contraofensiva. Los abolicionistas movilizaron un tema muy antiguo, el de la trata de seres humanos —inicialmente, al fin del siglo 19, la trata de blancas.

Empezaron a asimilar toda prostituta extranjera a una víctima de una trata modernizada, pero con los mismos rasgos y personajes que un siglo antes: chicas inocentes pero ingenuas, que creen falsas promesas de malos seductores y que, en vez de trabajo en otro país, son obligadas a prostituirse.

Frente a tal situación de opresión, no se podía hablar más de elegir la prostitución como trabajo, aun menos como medio de expresar su propia identidad sexual. Es interesante notar que diferencias de género eran y siguen importantes en el discurso abolicionista: solo se trata de mujeres prostitutas y de hombres proxenetas; parece que los varones o travestis no existen y que es imposible que una mujer explote a otra mujer.

Esta vez, fueron las organizaciones de salud sanitaria que parecieron desconectadas de la realidad de un mundo de la prostitución que hubiera cambiado mucho en poco tiempo. Sin embargo, fue en esta época que nació una nueva organización de prostitutas, heredera de la salud comunitaria, pero con una vocación exclusivamente activista: *les putes* (“las putas”) quien pronto adoptó el nuevo nombre de Sindicato del trabajo sexual (STRASS). Como se puede ver en este título de sindicato, el STRASS define la prostitución como un trabajo como los otros, sino que sus dificultades serían la consecuencia de su estigmatización y de su criminalización.

Les Putes tenía vínculos estrechos con Act Up, la organización la más radical en torno al sida y a la homosexualidad; algunos líderes de *les Putes* habían sido militantes de Act Up y conocían bien sus modos de protesta y su gusto por la provocación. La influencia del movimiento homosexual se puede ver también en la organización de manifestaciones que llamaron “*putes prides*”, en referencia a las *gay prides*. Toda una retórica del orgullo y de la lucha contra la estigmatización y el puritanismo es presente en el discurso de este movimiento, y acompaña críticas muy violentas a los abolicionistas que empujarían, según ello, una violenta “putophobia” (palabra inspirada de la homofobia).

Es posible que este gusto por la provocación haya aislado el movimiento del trabajo sexual de algunos apoyos. También ha sido debilitado por las acusaciones de los abolicionistas de servir los intereses de las redes de proxenetas o, al mínimo, de servir los intereses de una minoría de privilegiados y privilegiadas. De hecho, los líderes del STRASS trabajan sobre todo en la prostitución VIP, tienen la piel blanca, son franceses, tienen diplomas, y muchos son varones. De este punto de vista, no son representantes de una mayoría de mujeres extranjeras sin papeles, de piel negra, pobres, que no hablan bien francés, oprimidas por la policía, con deudas enormes que pagar, etc.

Lo que favoreció la contraofensiva abolicionista es también que fue capaz de establecer una coalición con el movimiento feminista francés, o sería mejor decir con la mayor parte de este movimiento. Esta coalición no hubiera sido posible en los años setenta, cuando el abolicionismo era sobre todo un movimiento católico, paternalista con las prostitutas, opuesto al aborto, y incomodo con temas como el divorcio y la homosexualidad. La mayor organización abolicionista de Francia, el Movimiento del Nido, ha sido fundada por un sacerdote y es típica de esta inspiración católica. Pero ha sido capaz

durante los previos años de reclutar nuevos militantes mas jóvenes que han difuminado su imagen puritana y seducido a algunos grupos feministas.

Lo que ha permitido la coalición ha sobre todo sido la preocupación de las feministas, a principio del siglo 21, para la violencia de genero. Definir la prostitución como una violación pagada o como la explotación del cuerpo de las mujeres por los hombres ha conducido muchas feministas a reclamar la abolición de tal violencia y el castigo de sus culpables —es decir de los clientes. El tema de la trata de seres humanos también ha favorecido la coalición: muchas feministas siendo militantes de izquierdas, y a veces militantes del movimiento alterglobalista, exponer que la trata es un producto de la globalización neoliberal ha representado un argumento fuerte de algunos abolicionistas.

Algunos corrientes del feminismo francés no han participado a esa coalición y han exprimido criticas contra la reclamación de abolición de la prostitución, que denuncian como peligrosa para la libre disposición de su propio cuerpo por las mujeres. Pertenecen a los corrientes más jóvenes del feminismo, y son frecuentemente inspiradas por las teorías *queer* o llamadas “pro-sexo”, mientras las feministas abolicionistas son más ancianas y pertenecen a corrientes más institucionales, con vínculos fuertes con partidos políticos, sobre todo partidos de izquierdas.

Estos vínculos contribuyen a explicar que el campo político haya mostrado un interés fuerte por los argumentos y las proposiciones abolicionistas. Este interés apareció en primer lugar al nivel local, para responder a las reclamaciones de los vecinos de las nuevas zonas de prostitución.

Se dio un paso importante en 2002 con la llegada de Sarkozy al ministerio del Interior. Integró la prostitución a un programa de lucha contra la inseguridad en la vida cotidiana y también de lucha contra las migraciones ilegales. La ley que elaboró en 2003 integró nuevos recursos para eliminar las prostitutas indeseables del espacio publico, en primer lugar con el restablecimiento del delito de abordamiento pasivo que había sido revocado en 1994. El abordamiento pasivo es el simple hecho de ser conocida como prostituta y de esperar a posibles clientes en la calle. Había sido revocado porque daba demasiado poder arbitrario a la policía en la represión de las prostitutas, y fue restablecido para la misma razón: con el, la policía estaba de nuevo capaz de acosar las prostitutas, dándolas repetidas multas.

Esta política fue muy eficiente: la represión del abordamiento constriñó las prostitutas a mover a otras zonas urbanas o rurales donde no pueden molestar a ningún vecino. Movieron de los centros urbanos a zonas aisladas en la periferia de las ciudades o en zonas rurales, donde no molestan a nadie, sino que son para ellas zonas muy peligrosas, donde nadie puede rescatarlas en caso de asalto. También muchas empezaron a reclutar clientes en Internet o con pegatinas en la calle con su numero de móvil. Esas maneras de reclutar clientes son más peligrosas que en la calle porque están solas cuando encuentran los clientes, y tienen menos medios de rechazar a hombres potencialmente agresivos.

Lo interesante es que Sarkozy promocionó su ley utilizando los mismos argumentos que los abolicionistas. Dijo, como ellos, que la mayoría de las prostitutas son víctimas de redes internacionales de trata, pero afirmó que las multas para abordamiento podrían ser una oportunidad, para ellas, de encontrar a la policía y de denunciar sus proxenetas. También, dijo que las prostitutas extranjeras que denunciaran sus proxenetas podrían obtener papeles —en realidad la mayoría fueron expulsadas por estancia irregular en Francia antes de poder denunciar a alguien.

En otras palabras, el personaje de la chica extranjera, ingenua víctima de malos proxenetas que la fuerzan a migrar y a prostituirse, que había sido elaborado por los abolicionistas, fue movilizad para legitimar una política de represión contra las prostitutas y especialmente contra las mujeres migrantes. Decir, como lo hicieron los abolicionistas, que ninguna mujer puede decidir de prostituirse y que todas han sido forzadas a migrar legitima que sean forzadas a volver a su país de origen, y que se niegue que puedan preferir quedarse en Francia y continuar la venta de servicios sexuales.

Es obvio que la ley de Sarkozy contiene una paradoja: define las prostitutas como víctimas, pero las trata como culpables (de abordamiento o de migración ilegal). A pesar de su oposición, los militantes del trabajo sexual como los abolicionistas y las feministas se juntaron para denunciar una ley que molesta y castiga las prostitutas en lugar de rescatarlas. Los únicos que se felicitaron de la ley fueron los alcaldes que pudieron responder a las reclamaciones de los vecinos.

Los abolicionistas y las feministas empezaron un nuevo cabildeo para que cambiara esta ley que consideraban injusta. Los partidos de derechas siendo satisfechos de la ley Sarkozy, giraron hacia los partidos de izquierdas, con los cuales tenían más vínculos, sobre todo hacia el partido socialista que parecía en mejor capacidad de acceder al poder, pero también hacia el partido comunista, los verdes y los grupos de izquierda radical.

También beneficiaron de la campaña de promoción de su ley por el gobierno sueco. Desde 2000 es prohibido en Suecia ser cliente de prostitutas, y el gobierno de este país, que es orgulloso de una ley que se presenta como feminista, había organizado su promoción en toda Europa y especialmente en Francia. Aunque algunos grupos abolicionistas, como el Movimiento del Nido, se hubieran mostrados inicialmente hostiles a cualquier medida represiva hacia los clientes, la prohibición del pago de servicios sexuales apareció como una manera perfecta de mantener la definición de las prostitutas como víctimas. La definición feminista de la prostitución como violencia de género legitimó el castigo de los que son los culpables de esta violencia, es decir de los clientes.

Para el gobierno de François Hollande, la criminalización de los clientes apareció como una panacea. Le permitió distinguirse de la ley Sarkozy, que castigaba paradójicamente a las víctimas, pero manteniendo un marco represivo. Dar multas a los clientes en lugar de las prostitutas no cambia el efecto deseado, es decir que la prostitución se mantenga en zonas aisladas, donde no molesta a ningún vecino, aunque sea más peligroso para las prostitutas. También definir todas las prostitutas extranjeras como víctimas de la trata

legítima que sean expulsadas en sus países de origen, de los cuales no hubieran debido irse. Estos son los principios de la ley aprobada en 2016, que prohíbe el pago de servicios sexuales para el placer de los movimientos abolicionistas y feministas, y para la desesperación del movimiento del trabajo sexual.

En conclusión, querría decir en primer lugar que esta victoria del abolicionismo-feminismo no significa un completo fracaso del trabajo sexual. El debate público anterior a la aprobación de la ley ha dado la oportunidad a ambos movimientos de exponer sus opiniones y reclamaciones. Desde este punto de vista, el Sindicato del trabajo sexual ha sido capaz de expresar una concepción de la sexualidad más moderna, compatible con las reclamaciones feministas de libre uso de su cuerpo y de libre elección de vida. El feminismo reclamado por el abolicionismo parece más desconfiado en la sexualidad, más paternalista hacia las mujeres y demasiado favorable a medios represivos para responder a problemas sociales y a desigualdades de género.

Eso me parece una enseñanza de los procesos de enfrentamiento entre movimientos opuestos: cada uno debe responder a los ataques de su enemigo, sobre todo respondiendo a sus argumentos. Debe también protegerse de los efectos de la comparación entre ambos. Es decir que no debe parecer más débil, menos organizado, menos competente, menos seguro en sus posiciones... que su enemigo. En otras palabras, la interdependencia que lo reúne al movimiento opuesto constriñe mucho de su actividad y consume muchos de sus recursos.

Otra enseñanza es que toda oposición de este tipo no se desarrolla en un vacío social, y se debe tomar en cuenta el papel de otros grupos o campos, por ejemplo de los medios —que en el caso de la prostitución han dado mucha resonancia a un debate que tiene que ver con el sexo, que siempre es un tema interesante para los medios. Sobre todo, el campo político ha sido un protagonista crucial, que ha adoptado las reclamaciones abolicionistas no tanto para rescatar pobres mujeres migrantes forzadas a prostituirse, sino para limpiar las calles y el territorio nacional de su presencia indeseable.